

ESCENA OCTAVA

Hospital de Querétaro, que por cierto presenta ya un aspecto menos sórdido y desaseado que el que tenía en los días que antecedieron á la caída de la plaza. Los enfermos reposan ya en colchones nuevos y limpios, y se ven penetrar por las puertas, las pruebas palpables de la transformación recién operada en la forma grata de calderos llenos de sopa, de hilas blanquísimas, de teleras de caliente y sabroso pan y de ungüentos recién preparados de acuerdo con el Códex más exigente. Reposan en los catres muchos enfermos que, á pesar de sus caras entrapajadas, de sus brazos en cabestrillo y de sus cabezas llenas de vendas en cruz, charlan entre sí ó con las madres de servicio, que entran difundiendo alegría con sus cornetas limpias, albeantes y trascendiendo á sol y á gloria. Sólo hay un rincón triste, y del cual parten quejidos dolorosos que parecen los que se escuchan en la gehena en que ni el gusano muere ni se apaga el fuego; es el rincón en que Aquiles Lapierre está á punto de dar las boqueadas — y lo demuestra así que los médicos de la sala ya no le recetan cosa ni se dan cuenta de su estado. En otra descansa, pero de manera muy distinta que le vimos, Quiroz ó Kirotzki, como en realidad se llama. Es guapo mozo, de cara dulce y franca, de ojos grandes, azules y melancólicos, de esos ojos que parecen estar deplorando haber abandonado para siempre las regiones de luz y de ventura en que quizás lucieran. La barba es fina, rubia y corta; parece la hierbecilla seca por el contacto del sol ardiente y formidable. El color es blanco, pero no del blanco insolente que tiene la tez de los sajones, sino pálido, clorótico, desmedrado, lleno de transparencias marfilinas y de amarillez de cirio. Quiroz, que está sentado en la cama, luciendo un gentil morrión de trapos blancos que le da no sé qué aspecto morisco, habla con varios oficiales que se ríen de lo salado de sus ocurrencias y de la media lengua en que las cuenta. Se conoce que le han puesto de buen humor el caldito refrigerante que le acaban de traer con ración cumplida de pan de munición, moreno y toscó, pero de buena harina flor. Le han dado también un vasito de vino de uva del llamado de celebrar y un alón de pollo de los primeros que entraron á la plaza después del sitio, pues no está completamente ave-

riguado que el alón de que le habló Josefina en una de las escenas últimas de la jornada segunda, haya sido auténtico y no de los de madera que se usan en las guardarropias de teatro.

KIROTZKI, se halla sentado dialogando en malísimo español (que aquí no se pone con sus puntos y comas, porque está alejado cien leguas de toda notación humana) con muchos oficiales que celebran las gracias del convaleciente y su franco alivio. Entra JOSEFINA, cuando ve sentados cerca de la cama á OLIVOS, BRAMBILA y otros jefes y oficiales.

JOSEFINA

(Santiguándose.)

¡Dios mío, qué horror! Ya le tienen declarando ante ese tribunal revolucionario, y él, ignorante de la lengua, va á confesar no sé cuántas cosas que le comprometan y comprometan á sus amigos y conmlitones...

KIROTZKI

Ya lo creo que le quiero; le quiero, le admiro y le respeto; un hombre á carta cabal, un hombre que merecería mandar un pueblo como el polaco, amante de sus libertades, en que no haya muerto «del antiguo valor la memoria»...

JOSEFINA

¡María Santísima; está echando por la cabeza á Su Majestad! ¿Qué ha de pensar el pobre, sino que Maximi-

liano es el gobernante más excelso que hayan sombreado solios?...

KIROTZKI

¡Qué vida la suya; dedicada toda á favorecer inocentes, á amparar viudas y á hacer la grandeza de su patria!...

JOSEFINA

Lo dicho; está haciendo el caldo gordo á los malditos republicanos... Yo voy á advertirle...

(Avanzando y poniéndose en medio del grupo.)

Señor Quiroz, le advierto que se halla en medio de sus enemigos... No responda á nada, porque no debe responder... Le excusa su desconocimiento del idioma... Yo le serviré de intérprete...

KIROTZKI

¡Oh, la señora, bendita sea! No sabe cómo celebro poder decirle lo agradecido que estoy... Me hallo entre puros amigos...

JOSEFINA

¡El pobrecillo! se figura que son sus amigos estos bebedores de sangre, estos desalmados que encabeza el bri-

bón más desorejado del planeta... ¡Ah, Miguel, Miguelillo, quién había de haber dicho que!...

VILLANUEVA

(Cortés y obsequioso.)

Pero, siéntese usted, señora... Quizás tenga usted que hablar á solas con este grandísimo tunante; nosotros no tardamos en despejar.

OLIVOS

(Con formalidad fingida.)

Continúe usted sus deposiciones, reo Kirotzki...

KIROTZKI

(Sin hacer caso de la interrupción, vuelve á tomar un asunto en que se ocupaba con placer singularísimo.)

Ahora tiene cuarenta años; nació el año 27...

JOSEFINA

Desvaría aún; no nació el 27, sino el 32... Todavía siente los efectos de ese horrible balazo que le postró en cama...

KIROTZKI

Fué el menor de sus cinco hermanos...

JOSEFINA

¿Cinco hermanos? Nunca he oído decir semejante

cosa... El Emperador es el mayor, y los príncipes Carlos Luis y Luis Francisco son menores que Su Majestad... Quizás se trate de niños malogrados...

KIROTZKI

Creció libremente, en medio de la alegría y el buen humor; los ejemplos de su casa y su propia inclinación le llevaban á las aventuras arriesgadas, á los largos viajes, á las excursiones por terrenos en que podía correr todas las aventuras del mundo, ya combatiendo contra bandidos, ya penetrando en comarcas abruptas y salvajes en que...

JOSEFINA

Ya lo creo; va á referirnos el viaje á la Albania, el que emprendió al Brasil, el de...

KIROTZKI

Gustaba del juego, de las chicas guapas, era pendero y las aventuras le seducían más de la cuenta...

JOSEFINA

¿Conque jugador, eh? Pues no lo sabía; palabra que no lo sabía...

KIROTZKI

Por eso escogió el oficio más peligroso, el más ocasionado á divertirse en grande...

JOSEFINA

Sí, el oficio de marino...

KIROTZKI

La arriería, en que un mozo de prendas puede hacer un capital cuando se lo propone, no sin darles vuelo á su afición por los deportes y á su gusto por la vida alegre...

JOSEFINA

¿Arriero, Maximiliano? O este desgraciado está loco, ó está tomándoles el pelo á sus jueces...

KIROTZKI

En todo el distrito de Galeana no había muchacho más arrestado, más valiente, más resuelto, más listo y más capaz de beber una copa de vino, de bailar un zapateado ó de disparar media docena de tiros á una partida de indios salvajes que Mariano Escobedo...

JOSEFINA

¿Conque habla de Escobedo? ¿Y qué tiene que darles cuenta á semejantes desalmados de las hazañas del rancherón ese?... Cualquiera hubiera creído que se refería al Emperador, su jefe, su amigo, el que le ha llenado de distinciones, el que le acordó su confianza, el que...

KIROTZKI

Al declarar los americanos su injusta guerra á México, Escobedo salió á combatir á favor de su patria, y sólo el restablecimiento de la paz le hizo dejar las armas que había empuñado con tanto brío. En la revolución que sobrevino luego de proclamarse el plan de Ayutla, Escobedo se echó de nuevo al campo, y son famosas todavía en su rumbo la correteada que le dió al general Cruz y la manera con que le echó del territorio de Coahuila... Luego se dirigió á Monterrey para incorporarse con las fuerzas de Vidaurri, que fué quien le ascendió á comandante de batallón. Pero lo que Escobedo deseaba era combatir con los eternos enemigos del rancharo fronterizo. Mentira parece; pero con cuarenta hombres consiguió derrotar á ciento veinte comanches en San Antonio de los Alazanes... Lo que dió la norma á su decisión fué el combate que sostuvo contra don Juan José de la Garza, que llevaba dos mil soldados de Tamaulipas, y fué detenido por doscientos de Escobedo en Loma Larga; los hombres de don Mariano quedaron reducidos á sesenta, y sólo cuando no era ya posible batirse con probabilidades de éxito, el jefe se retiró sin que nadie le hostilizara... Poco después, con cien de su tropa, derrotó á quinientos é hizo prisionero al general contrario... Pasó luego al centro de la República, como jefe de los famosos tagarnos que tanto

pesaron en los destinos de México durante la guerra de los tres años. Peleó valientemente en el primer sitio de Guadalajara, en Atenquique, en Santa Anita y en las garitas de México, siendo el instigador de aquella sublime locura que dió por resultado una gran derrota, pero también la convicción de que los liberales, tan despreciados, eran capaces de acometer empresas de verdadero empeño... Cuando Vidaurri, envidioso de Degollado y queriendo quitarle el mando, determinó destituirle como respuesta á la orden de prisión que había dado el jefe del ejército, Escobedo fué comisionado para capturar al gran jefe liberal; el buen sentido y la lealtad de Escobedo le evitaron el caer en esa deslealtad y el cometer esa infamia... Los disturbios interiores de Nuevo León le hicieron contender con Quiroga, jefe famoso de caballerías y brazo derecho de don Santiago Vidaurri — dicen que es su hijo; — Escobedo le derrotó en un encuentro en que, con cien hombres, hizo pedazos á los setecientos del canallón ese, que esperamos en Dios caerá en manos de los nuestros en México... Cuando lo de Calpulalpam, Mejía, que iba derrotado como Miramón, pero con mayores elementos de guerra que éste, sitió á don Mariano en Río Verde; el jefe contaba con que no podía defenderse con los trescientos y pico de hombres que tenía á sus órdenes; pero como no llevaba orden de retirarse, se dejó sitiar hasta que su tropa se redujo á la tercera parte y él cayó

prisionero; Márquez tenía empeño en que se le fusilara; pero mayor empeño tomó Mejía en salvarle, como lo hizo... La intervención le encontró coronel, y con ese carácter concurrió á la batalla del cinco de Mayo y al sitio de Puebla, donde se portó con inaudita bizarría, embistiendo al enemigo á la bayoneta calada y haciéndole grandes destrozos en el memorable punto de Santa Inés... Cayó prisionero en la rendición de la heroica, y fué conducido preso á Orizaba, de donde logró evadirse viniendo hasta México... Su campaña en el Norte del país, todos ustedes la han visto; desde la pérdida de la batalla de Majoma el alma de la defensa en el Norte fué Escobedo, que en unión de Treviño, de Naranjo, de Viezca, de Martínez, de tantos jefes sufridos y valientes contribuyó á los golpes que por allá llevó el imperio, hasta que la batalla de Santa Gertrudis y la rendición de Matamoros permitieron á los nuestros gallear un poco y demostrar qué era lo que podían. Hoy se encuentra Escobedo al frente del mayor grupo organizado de hombres que haya existido desde que México vive por sí, y su conducta inteligente, grave, humanitaria, y á la altura de su misión, demuestra que cuantos le hemos creído un grande hombre no hemos estado equivocados. Es sobrio, valiente, honrado y fanático por las prácticas democráticas. Su placer mayor sería que una vez concluída esta contienda se le concediera una porción de terrenos que explotar, y retirarse á ellos en

unión de sus compañeros de armas para fundar en su compañía una colonia de labradores honrados que sirvieran á la nación en las tareas pacíficas, ya que tan bien la ayudaron en las belicosas... No es Escobedo un hombre de ciencia ni un orador; pero gusta en extremo de discutir acerca de las teorías liberales y de la práctica de la democracia, y entonces suele excitarse y ser sobria y noblemente elocuente... Es inflexible en la disciplina, austero y frío en el ejercicio del mando; mas cuando se encuentra con sus amigos es el más atento, el más servicial, el más noble y el más tierno de los hombres...

JOSEFINA

(Para sí.)

No sabía que fuera tan grande este santo á la jineta, ni que estuviera en olor de canonización un rancharo tan feo y tan ordinario... Vivir para ver...

KIROTZKI

Pero ya he hablado demasiado; déjenme un poco, denme un poquito de tenme allá...

(Salen los oficiales encabezados por Olivos y Villanueva, que se retiran haciendo catálogos sobre la limpieza de la amistad que une á Josefina y á su protegido.)

JOSEFINA

¡Y pensar que yo le había tomado á usted por un im-

perialista de clavo pasado! ¿Conque es republicano y admirador de Escobedo?

KIROTZKI



Tres años tengo á su lado, y de su mano he recibido los despachos desde sargento hasta comandante de batallón... amén de muchas reprimendas y de un gran número de castigos...

JOSEFINA

(Con amargura.)

Usted está en la verde; se encuentra entre los vencedores... Yo...

(Con súbito é inesperado arranque.)

Me consagraré á los vencidos, á los presos; buscaré manera de salvar al Emperador, ya que no tengo para que salvarle á usted...

KIROTZKI

(Galante.)

Y á mí, á mí, que sufro ahora en una prisión muy

más dura que la prisión en que el Emperador yace, ¿me deja usted aherrojado y entre cadenas? Sufro por usted, porque la amo...

JOSEFINA

No puede ser; he adoptado una misión superior; salvar al Emperador, consagrarme á su liberación...

KIROTZKI

Yo también me consagro con usted á esa tarea sublime; salvaremos al Emperador, y luego...

JOSEFINA

Salvo el Emperador, Dios dirá.